

EL RENACIMIENTO.

Entrega 15.—20 de Junio 1847.

BELLAS ARTES.

FRANCISCO ZURBARÁN. ⁽¹⁾

Si las producciones de las artes y de las letras son el reflejo ó el símbolo del estado social, quizá ningun artista fué mas fiel intérprete de su siglo entre nosotros que el célebre pintor Francisco Zurbarán. Terminada la carrera de Felipe II en el siglo mas glorioso para las letras y las artes españolas, principió el siguiente marcando el termómetro de su descenso en la importancia política, mientras que Felipe III, conservando solo de su padre la piedad y devoción, heredadas de la casa de Austria, llenó con su augusta consorte las ciudades de suntuosos templos y de espaciosos monasterios. Zurbarán, que nació el mismo año en que entró á reinar este monarca, se identificó con su espíritu devoto, espíritu nunca desmentido, porque á pesar de haberle nombrado Felipe IV *Pintor del Rey*, no llegó á residir en la corte hasta los años últimos de su vida. Diríase que la Providencia habia querido preservar á Zurbarán de las seducciones del naciente Buen Retiro, donde el monarca rodeado de artistas y poetas, divertido con saraos y comedias, daba treguas á los cuidados de la decadente monarquía con regocijos y galanterías. Todo debia, sin embargo, revestirse del color de la devoción, y escudados con las dedicatorias y milagros de los santos é imágenes sagradas, escribíanse libros no tan edificantes ni devotos como su título anunciaba.

(1) El retrato de Zurbarán que nos era enteramente desconocido ha sido copiado en la colección de dibujos de *Standisch*, existente en el Louvre, por nuestro colaborador D. V. Carderera. Está ejecutado con lapiz rojo del propio tamaño del que damos en este número.

Entonces nuestros artistas no osaban representar las alegres y eróticas escenas de la risueña mitología; pero guardaban para ciertos asuntos bíblicos, ó para los de las Magdalenas y de otras santas, aquellas seducciones de galas y de adornos que tan mal cuadran á las santas imágenes. ¡De todo saca partido la ardiente y procaz imaginación del mediodía! donde ni los velos de las tapadas, ni los enormes guarda-infantes, ni las severas dueñas, han sido barrera ni obstáculo suficiente de los galanteos y lances amorosos de aquella época. Formado, pues, el gusto y el espíritu de Zurbarán en el reinado devoto de Felipe III, sus obras anuncian el ascetismo religioso y la unción sagrada de sus representaciones. Desde Estremadura, donde habia tomado las primeras nociones del arte, enviáronle sus padres á Sevilla. Allí entró á perfeccionarse en la escuela del licenciado Juan de las Roelas, en cuyo estudio hizo tan extraordinarios progresos, que en breve tiempo aventajó á su maestro, estendiendo su fama por aquella populosa población, tan rica entonces de artistas distinguidos. Apenas contaba 27 años de edad, cuando entregó concluidos todos los cuadros del retablo de S. Pedro en la Catedral, mandados pintar por el marqués de Malagon. Por esta época emprendió su obra maestra y página magnífica que coloca á Zurbarán en el primer término entre los artistas españoles, y á muy corta distancia de los mas insignes pintores italianos de su siglo. Tal es el famoso lienzo de la apoteosis de Sto. Tomás de Aquino, que expuesto en el célebre museo *Napoleon*, entre los primeros cua-

dros de Europa, dejó irresistible argumento de la valentía de nuestros pinceles y del genio fecundísimo de los artistas españoles. Pocos pintores célebres pueden presentar obra mas insigne ejecutada apenas cumplidos los 27 años de edad. El cuadro de Sto. Tomás es la mas grande de todas sus composiciones, y en él quiso reunir sus eminentes cualidades de artista, y dar la mas alta medida de su talento. Aquí hizo ver los estudios severos que habia hecho en el dibujo y la observacion en los afectos del alma, y la de las grandes máximas de los pintores de Bolonia en el modelado de las figuras y con el efecto del claro-oscuro. Sto. Tomás está representado en el centro del cuadro, y en lo mas alto en trono de gloria Jesucristo y la Virgen, teniendo á sus lados S. Pablo y Sto. Domingo; en la parte baja del cuadro á un lado está Carlos V revestido con su manto imperial, con cortejo de caballeros. En el otro se vé al Arzobispo Deza, fundador del colegio, acompañado de otros religiosos. En este magnífico lienzo, donde todos los personajes son mayores que el natural, se admira lo grandioso del estilo, lo sabio de la composicion y la admirable perfeccion y detalles de sus magníficos ropages y brocados. Llamado á Guadalupe por los monges de su célebre monasterio, emprendió los ocho lienzos de la historia de S. Gerónimo y otros cuadros que merecieron la mayor aceptacion. De aquí regresó á Sevilla, donde tuvo muchos encargos de obras para varias iglesias y conventos. Se citan entre las mejores que hizo en este periodo de tiempo las de la Catedral, las de la Cartuja de Sta. María de las Cuevas, y finalmente las del convento de Mercenarios descalzos.

La fama de estas escelentes obras pronto debió llegar á oídos de Felipe IV, príncipe tan amante de las artes como de las letras. Asi parece que por esta época le nombró su pintor de cámara, pues en los magníficos lienzos de la Cartuja de Jerez, concluidos en 1633, ya se ven firmados por Zurbarán como tal pintor (1). Parece que el genio modesto y retirado de nuestro artista, tan conforme al de Murillo, no le preocupó de las grandezas y pompas de la Corte, pues segun Palomino asegura, no se estableció en ella hasta los años últimos de su vida, es decir, hácia el 1650 en que fué llamado por Velazquez á pintar los trabajos de Hércules que decoraron el *Salonete* del Buen Retiro.

Estos lienzos que hoy se conservan en el Real

(1) Estos magníficos cuadros se admiran hoy en el Museo Real de Louvre en Paris.

Museo prueban que el genio y el espíritu de Zurbarán le llamaban particularmente á la representacion de asuntos sagrados, donde su imaginacion encontraba grande pávulo y extraordinarios recursos.

Zurbarán manifestaba su alma en todas las obras de su mano; escogia con preferencia las escenas sencillas de fácil composicion, y las que solo exigian un pequeño número de figuras que siempre colocaba en actitudes naturalísimas. En los citados cuadros de la Cartuja de Jerez hay composiciones de tal candor é ingenuidad que recuerdan las producciones de los grandes maestros italianos del siglo XV. El espíritu de Zurbarán austero y religioso, la fé y persuasion de los sucesos que iban á representar, rechazaban la ostentacion de los desnudos y escorzos en las figuras, y lo bizarro de sus actitudes. Su claro-oscuro es sumamente exacto y verdadero, cuanto basta para dar aquel admirable relieve y verdad á sus escenas, no el efecto artificial y fantasmagórico que fascina al espectador. Por esta causa nos parece que no le conviene la denominacion que algunos le han dado del *Caravaggio español*, sino es por el vigor solo de claro-oscuro. Zurbarán iluminaba sus figuras, hasta las del primer término, por una luz directa, quedando en masa la parte sombreada sin la distraccion de muchos reflejos. Tampoco gustaba de aquellos toques atrevidos, sabios y pedantes al mismo tiempo, de ciertos pintores sevillanos como Herrera el viejo y otros. Al contrario empastaba los colores y concluia sus obras con amor y diligencia. En medio de esto, su pincel lleno de brio es fluidísimo y suave, y sus producciones encantan por su ejecucion esmerada y cierta natural armonía, cualidades propias de los grandes genios que, sin apercibirse, reúnen con frecuencia los dotes que otros han adquirido con grandes fatigas.

Tal es el célebre artista extremeño, á quien Felipe IV llamó *Pintor del Rey y Rey de los Pintores*. Los artistas y biógrafos extranjeros que empiezan á estudiar nuestros pintores colocan á Zurbarán entre Velazquez y Murillo.

Si Ribera no mereciese asociarse á estos grandes artistas, aquel seria el triunvirato de la pintura española, cuyas glorias, desde principios de este siglo, ha vindicado superabundantemente entre las cultas naciones de ambos mundos.

V. Carderera.

SOBRE LA REAL ORDEN DE 24 DE MAYO ULTIMO.

ARTÍCULO III.

(Véanse los números 15 y 14, páginas 102 y 107).

El Gobierno no se ha acordado de los arquitectos ni de los grabadores en hueco. ¿Ha sido realmente olvido? No lo creemos, en cuanto á los primeros, y si fuese cierto, como suponemos, que su pensamiento es reservar la pensión ó pensiones en el extranjero que se señalen para fomentar los progresos en este ramo tan importante del arte únicamente á los alumnos de la escuela especial de arquitectura, como por varias razones parece natural (aunque no deja de haber algunas en contrario), nosotros aprobaríamos esta omisión, siempre que tan luego como los espresados alumnos lleguen á estado de entrar en concurso de oposicion, se abra uno con las formalidades debidas para pensionar á un número de jóvenes igual por lo menos al de los pintores. Parécenos tambien que no habria inconveniente en que el Gobierno lo anunciase así desde ahora, á manera de estímulo, para los alumnos aprovechados. Por lo tocante á los grabadores en hueco, creemos que en efecto ha habido olvido por parte del Gobierno, pues no le haremos la injusticia de suponer que desconoce la importancia de un arte tan necesario y que tanta perfección ha alcanzado en Inglaterra, Italia, Francia y Alemania. Como quiera, esperamos que esta indicacion no será perdida, y que en un próximo concurso veremos figurar á los grabadores en hueco y á los arquitectos, al lado de los pintores, de los escultores y de los grabadores en dulce.

Para cuando llegue este caso, insistimos en la idea presentada en nuestro último número, y que mas que á otros nos parece aplicable á los arquitectos. No negaremos que en Italia está hoy bastante adelantada la arquitectura; sabemos muy bien que hay en aquel suelo clásico de las artes numerosos monumentos que serán la eterna admiracion de los artistas y la inagotable fuente del buen gusto; pero francamente ¿tiene acaso esa arquitectura aplicacion posible á las necesidades de nuestros tiempos y á los recursos de nuestro pais? Delirio fuera discutirlo siquiera. Vayan en buen hora los arquitectos á Roma á *inspirarse*, á beber magníficas teorías, á recibir, por decirlo así, el bautismo de los artistas, pero pasen luego para estudiar la práctica á París, donde tan adelantada se encuentra la arquitectura aplicada á las necesidades del siglo, que es, á no dudarlo, la que mas falta nos hace.

Por lo tocante á los grabadores, hay que hacer una distincion. Los que se dediquen á grabar asuntos de historia ó religiosos, podrán estudiar con aprovechamiento en París, ó en Alemania: los que se dediquen á grabar retratos, adelantarán en París mas que en parte alguna, pues allí es donde mas perfeccionado se halla este ramo del arte.

De todos modos, y supuesto que á Italia solo es adonde por ahora dispone el Gobierno que vayan los jóvenes pensionados para el estudio de las bellas artes, bueno será que se piense seriamente en organizar como es debido una Academia en Roma para ellos, Academia que, como hemos dicho, debiéramos tener allí hace mucho tiempo, como la tienen las demas naciones cultas. Tenemos algun fundamento para suponer que tanto la Real Academia de San Fernando como el digno director de los pensionados españoles en Roma, D. Antonio Solá, informarán en este punto al Gobierno lo conveniente.

Ya hemos visto con suma satisfaccion en la *Gaceta*, en el *Diario* y en otros periódicos el anuncio de oposicion que hace la Academia de San Fernando para que en el término de un mes se presenten en su secretaría todos los que se crean con aptitud para concurrir á la recompensa ofrecida por el Gobierno. Las disposiciones que contiene el anuncio y los ejercicios que en su virtud han de verificarse para entablar el concurso, nos parecen arreglados en un todo á lo que aconsejan la razon y la esperiencia. Justos éramos, pues, cuando decíamos en nuestro último número que estábamos seguros de que aquella corporacion corresponderia dignamente á la confianza del Gobierno y sabria comprender y llenar con su conducta las legítimas esperanzas de los artistas. En prueba de ello, basta comparar el método de oposicion seguido hasta el año 1831, en que se verificó el último concurso, con el que ha adoptado ahora la Academia, y desde luego resaltarán á los ojos, aun de los menos inteligentes, las grandes ventajas que éste lleva á aquel. Baste decir, adoptando una espression muy comun entre nuestros cólegas de la prensa, que ahora el concurso será necesariamente una *verdad*, y que hasta ahora ha sido, ó á lo menos ha podido ser, una *mentira*. Ahora concurrirán precisamente los alumnos; antes podian muy bien ser concurrentes en nombre de estos, los maestros, pintándoles sus cuadros de oposicion.

Pero con esto ¿está hecho todo? No ciertamente. Es necesario ahora pensar seriamente en

las *consecuencias necesarias* de las pensiones, punto importante, nunca atendido entre nosotros, y que nos dará materia para un cuarto y último artículo.

R.

APUNTES HISTORICOS.

BENEFICENCIA DE LA MÚSICA.—EL VIOLINISTA ALEJANDRO BOUCHER.—LOS MÚSICOS Y LOS TRASTORNOS POLÍTICOS.

Una de las mas bellas páginas de la historia de la música, es la generosidad y abnegacion que han manifestado los hijos de Euterpe, siempre que se ha tratado de aliviar y mejorar la suerte de los desgraciados. Sin necesidad de acudir á ejemplos añejos, todos hemos visto en nuestros dias á los músicos dando conciertos á fin de socorrer los desastres causados por el cólera, terremotos é incendios. Entre los mil casos de beneficencia ejercida por los músicos que se nos ocurren en este momento, citaremos uno que demuestra el generoso desprendimiento de un artista que, aunque nacido fuera de España, ha dejado muy grata memoria en nuestro pais, y particularmente en Madrid: hablamos de Alejandro Boucher, célebre violinista que tuvo la honra de pertenecer á la capilla del rey D. Cárlos IV, y de formar parte tambien de su música de cámara durante algunos años.

Viajando por Alemania, y despues de haber dado en Berlin ocho conciertos, se dirigia Boucher á San Petersburgo, cuando cerca ya de Varsovia, supo que un horroroso incendio acababa de devorar y destruir en parte la poblacion de Pritzwalk, populosa ciudad prusiana. Mandando retroceder al momento al postillon que conducia su carruaje, deshizo Boucher las doscientas leguas que acababa de recorrer, y volvió á entrar en Berlin con la noble intencion de manifestar á los prusianos su agradecimiento por el buen recibimiento que le habian hecho anteriormente. Dió diez y siete conciertos á beneficio de los que habian padecido en el incendio de Pritzwalk, y se negó á aceptar el reembolso de lo que habia gastado en su viage y permanencia en la capital de Prusia. Tan noble comportamiento fué acogido con las mayores simpatías en todo Berlin, y el rey Federico Gillelmo le dió públicamente las gracias, concluyendo por decirle:— Dicen que Amfion construía ciudades con el ayuda de su arpa, habeis probado, Mr. Boucher, la posibilidad de semejante prodigio.

A los pocos dias el mismo príncipe le regala

una caja de oro guarnecida de brillantes. Pero el precioso don del soberano, pasando por manos infieles, antes de llegar á las del violinista, fué despojada de sus pedrerías preciosas remplazando diez y seis diamantes rosas á los magníficos brillantes que le destinaba el rey. El generoso artista, nunca quiso reclamar contra semejante robo, en atencion á las muchas personas que podría comprometer.

La comision encargada de la administracion de los fondos recaudados en favor de los incendiados le dirigió una carta concebida en los terminos mas lisongeros y que extractamos á continuacion.

A Monsieur Boucher.

«Los artistas que emplean su talento en beneficio de sus semejantes que gimen en la desgracia, son acreedores á los mayores elogios; vos mereceis ocupar entre estos el primer puesto, por el desprendimiento con que acudis á ser útil á la humanidad. Es cosa hermosa, digna y generosa, ver un arte, frívolo en apariencia, siendo digno de veneracion y de utilidad pública. No solamente habeis entusiasmado con vuestro inimitable talento, sino que lo habeis ennoblecido con vuestro desinterés, socorriendo tanto desgraciado en todas partes por donde habeis pasado. A vos deberán los incendiados de Pritzwalk ese socorro, producto de los conciertos que vos mismo solicitásteis del rey poder dar. Con tan laudable intencion, habeis andado mas de doscientas leguas, y para aumentar tan insigne beneficio os habeis negado á aceptar el reembolso de los gastos de viage y demas que se os han originado, llevando la delicadeza hasta el punto de no querer utilizar vuestro talento en provecho propio, consagrándolo únicamente, con tanta modestia como buen corazon, en beneficio de los desgraciados, ejemplo digno de alabanza y que tanto honra al genio.

Recibid etc.

Tambien merecen mencionarse esos 40 pobres cantantes montañeses, cuya pequeña fraccion se hizo oír en el Liceo y teatro de la Cruz en Diciembre del 45, y que bajo las órdenes de Mr. Roland, han recorrido toda Europa, parte del Asia y de América, cantando en beneficio de los pobres de su comarca, sin perjuicio de socorrer tambien á los infelices con quienes tropiezan en su peregrinacion: obra santa y sublime en cualquiera época, pero mas que en ninguna, en esta de indiferencia y egoismo en que vivimos.

En nuestra España, en fin, los mutilados en la guerra, los niños de la inclusa, los que vieron perecer su fortuna en el incendio de la Alcaicería de Granada, todos se han visto socorridos con el producto de varios conciertos. Y sin embargo, la música, tan propensa á consolar al afligido, los músicos que en sus obras de beneficencia, nunca, nunca tuvieron en cuenta las opiniones del desgraciado á quienes socorrian, han sido las mas veces víctimas de los trastornos políticos é injusticias del hombre.

En la antigua Roma, protegidos por Neron, á la muerte de este emperador, los músicos fueron maltratados y espulsados del imperio romano. No quedaron mejor parados cuando la invasion de los bárbaros, y mas tarde los encontramos siempre como pacientes en todas las revoluciones. Con la muerte de Carlos I decayó de su esplendor el arte músico en Inglaterra, desapareció del todo en la época de Cromwell y no llegó nunca á reponerse del todo, ni con la restauracion de Carlos II. ¿Nos detendremos ante los padecimientos de los pobres músicos, durante el periodo terrorífico de la revolucion francesa? Y en España, ¿no hemos presenciado el hecho escandaloso de espulsar, con la mas insigne tropelia, á los músicos de aquellas plazas que habian ganado por oposicion? Todos podian, sin embargo, decir lo que el violinista Poppo. Conducido este artista ante el tribunal revolucionario de Francia, para dar cuenta de sus opiniones políticas, el representante del pueblo empezó su interrogatorio en esta forma. «¿Ciudadano músico, qué hacias durante el tiránico reinado del ignominioso Capet? Tocar el violin, respondió temblando el pobre Poppo. ¿Y cuando nuestra gloriosa revolucion destruyó el trono, en qué te ocupaste? En tocar el violin. ¿Y si volvieran los aborrecidos Borbones qué harias? Tocar el violin.» En vista de tan buenas razones, el representante del pueblo volvió la espalda á Poppo y mandó ponerle en libertad.

A la muerte de Fernando VII, sin mediar ningun interrogatorio, fueron despedidos de la capilla de los reyes de España, varios instrumentistas y cantantes, bajo el pretesto de.... *sospechosos*, sin acordarse ni tener en cuenta, los que influyeron en semejante determinacion, que todos habian ganado sus plazas por rigurosa oposicion, y que á imitacion de Poppo, todos hubieran continuado tocando y cantando, en el reinado de Isabel II, como lo habian hecho en tiempo del rey Fernando VII.

E. Velaz de Medrano.

SECCION LITERARIA.

EL ESCORIAL EN 1847.

Por huir de los calores de la estacion y buscar esparcimiento y solaz al espíritu, sobrado combatido en medio de la tormenta política, salí de Madrid el primer día de una de las últimas semanas, con direccion al famoso real sitio de San Lorenzo del Escorial. De antemano y durante el corto viaje, nos gozábamos la dulcísima compañera de mi vida y yo en imaginar el deleite que nos causaria contemplar las maravillas del palacio-monasterio, que, tres siglos hace, está siendo la admiracion del orbe todo. Lo apacible del tiempo, á medida que íbamos acercándonos á los confines de los montes carpetanos, la serenidad que recobraba el ánimo, segun nos alejábamos de este inmenso piélago de intrigas en que los mas diestros naufragan, la claridad de la atmósfera, la belleza del espectáculo, la frondosidad de la arboleda que servia de feston al camino, todo presagiaba un término feliz á nuestra correria, confirmando el acierto de la eleccion. Hubo un momento, empero, el único por fortuna, en que, decaidas las alas de la ilusion, llegamos á imaginarnos que tanta magia iba á desaparecer como por encanto. Fué aquel en que nos hallamos instalados en lo que solemos los modernos llamar en España *fonda*, y llamarán nuestros padres, por lisonja, *figon*. Desnudas paredes blancas y manchadizas como de yeso, un suelo rojizo y deleznable como de viejo ladrillo, algunas sillas de humilde enea, una mesa, cuya horrenda lividez cubria un tapete verde, y un espejo que debe haber tenido, mucho, mucho tiempo hace, azogue en la luna y barniz en el marco, todo esto maltratado, injuriado, vilipendiado por los años, hé aquí nuestro soberbio estrado. Del cuarto de dormir no pudiera hablarse: aquellos verdes tablados, aquellas ancianas colchas, aquellos éticos y marmóreos colchones, aquella monástica desnudez, en suma, nos inspiró la compuncion de que, sin duda, quiso Felipe II que se hallasen poseidos los peregrinos que fuesen á visitar su soberbio túmulo.

Si la habitación era cual se puede colegir de este mezquino bosquejo, la cena guardaba consonancia con el aparador. Las legumbres, las aves, los pescados, las frutas, las salsas, de todo este sencillísimo abecedario gastronómico hasta el nombre llegó á ser un ramo de erudicion, en aquella santa casa, de la cual, no se puede hacer encarecimiento mayor, sino diciendo que era tan cara como mala.

Pero, con los primeros albores del próximo día, recobró nuestra fantasia el imperio del alma, que el susurrar de las vecinas cascadas, el trinar de los pájaros y las suavísimas brisas que nos traian regalados perfumes, nos hicieron olvidar la molestia de nuestros descoyuntados huesos.

Apenas nos hallamos preparados á visitar las

curiosidades del célebre sitio, cuando, como para darnos cuenta de lo que, en torno nuestro, habia, nos asomamos al único balcon de la llamada fonda, y hé aquí que, al punto divisamos los dos objetos que jamás pierde de vista el viagero en el Escorial, sea cualquiera el punto en que se halle, sea cualquiera la hora, á saber: el monasterio y el ciego Cornelio. Del monasterio hase hablado mucho, y por eso me propongo yo hablar muy poco de él; pero, del ciego, conocido en uno y otro hemisferio por el nombre de CORNELIUS, signo de su celebridad, tengo que decir lo bastante en el curso de este breve artículo.

Sabido es, que no es lícito á los viageros que llegan á puntos célebres por sus monumentos el dar libertad á su pensamiento, visitando aquello que mas desean ver y adoptando el órden que mas cuadra con sus inclinaciones. Es un derecho incuestionable que asiste á todo *cicerone* el formar el itinerario que se ha de seguir en las escursiones, sin que sea permitido invertir el órden, á menos de esponerse á duros percances y contratiempos. Nosotros, pues, que hubiéramos querido recorrer el Escorial con plena libertad, deteniéndonos donde mejor nos pareciera, conocimos en breve que, á pesar de las buenas cartas de recomendacion que llevábamos, no pudiéramos, sin profanacion, infringir la ley comun. En cuya atencion, nos entregamos confiadamente al ciego, encomendándonos á Dios y á la pericia singular del *cicerone*. Gracias al favor del administrador del patrimonio que atendió, como era natural, la poderosa recomendacion de que íbamos provistos, á la cortesania del Sr. Pardo Pimentel, entendido conserge del real palacio, y á la amabilidad de todos ó casi todos los dependientes del patrimonio real en el Escorial, visitamos, una tras otra, todas las preciosidades de aquel sitio, cuya descripcion contienen todos los manuales, y de cuya sublime grandeza no alcanza la palabra á dar exacta idea. Por lo mismo omitimos esta parte, aunque interesante, conocida de nuestro relato, limitándonos á la pintura sencilla de lo transitorio que ante la vista se nos ofreció.

Por desdicha, pertenece á esta triste categoría el P. Guadalupe, sacristan de aquella suntuosa iglesia, y único morador del inmenso monasterio. Este varon ejemplar, respetable mas aun que por su misma ancianidad por su virtud estraña, por la sencillez de su vida, por la dulzura de su carácter, nos acompañó todo el tiempo que se lo consintió la flaqueza de sus piernas. Él fué quien nos enseñó el célebre Cristo de mármol de Benvenuto Cellini, obra de sorprendente mérito, mutilada por mano de los franceses. Fué un tiempo este prodigio de la escultura de una sola pieza y como, por lo mismo, pareciese á los agentes de Napoleon difícil de conducir á reino estraño, cortaron los brazos á la imágen para mejor poderla acomodar en una caja, profanacion lastimosa, una entre las infinitas que causa el demonio de la guerra.

Ya solos de nuevo con Cornelio, llegamos á

la escalera principal, que es la parte del edificio que mas agrada al famoso guia. Es de advertir que este, como los mas de los hombres de escasos alcances que contaban, en 1808, veinte años, conservá á los franceses profundo é inveterado odio, y el motivo de su júbilo, al pisar la soberbia escalera del monasterio, consiste en que, si no vé él, por lo menos sabe que están viendo sus compañeros de escursion un hermoso fresco de Jordan en que se halla representada la batalla de San Quintin, tan fatal á las armas de Francia. La voz del ciego toma entonces una entonacion especial y hasta en la sabida y monótona esplicacion, introduce cada vez nuevas palabras que son encubiertas injurias á sus mortales enemigos.

«Aquí, nos dijo deteniéndose orgullosamente, he pasado dos momentos inolvidables en mi vida, de satisfaccion el uno, y el otro de tormento. Empezaré por contar este último. Cuando los príncipes franceses (en esto soltó un comprimido suspiro) vinieron recientemente á visitar el monasterio, con la infanta Luisa, por no saber yo el idioma francés tuve que ceder á otro la honra de acompañarlos, y este hombre, cuyo nombre me avergüenzo de repetir, llevó la adulacion al extremo de no indicar ese portentoso fresco que no puede estar mal pintado, siendo de mano de un español, porque yo, ciego y todo, añadió con entonacion robusta, me atreveria á dibujar los rostros humillados de los franceses ante nuestras vencedoras armas. Pero, al recordar esta humillante lisonja del acompañante de los príncipes, me consuelo pensando en lo que me sucedió, en este mismo parage, con Alejandro Dumas, con ese mulato que tiene la cabeza tan ligera como pesado el cuerpo. Con la voz mas robusta que pude y en los términos mas afrancesados que hallé, le dije, despues de hacerle notar el fresco: «este grande edificio lo edificó Felipe II en memoria de la célebre jornada de S. Quintin.» A lo cual me replicó el escritor francés: «mayor fué el miedo que tuvo Felipe en aquel dia que el monasterio que construyó.» Y, no pudiendo yo reprimir mi ira, torné á contestarle: ¿qué mayor vergüenza para los franceses que rendir las armas, como en esas paredes se vé representado, ante uno á quien llamais cobarde?»

La fisonomía de Cornelio toma una espresion enteramente nueva y singular al referir este y otros hechos análogos que nos contó mas tarde. Hablándonos de Thiers nos dijo: «yo deseaba infinito conocer á tan nombrado orador y ministro, y no digo escritor, porque no me gusta la filosofía fatalista, y ¿cuál no fué mi asombro al ver (palabras testuales del ciego Cornelio) á un hombre diminuto, con voz de monja resfriada y cabeza de chorlito? A las diez llegó al Escorial, invirtió una hora en descansar, otra en comer, y otra en ver todas las curiosidades de la poblacion. Asi es que, apenas empezaba yo una esplicacion cualquiera, me veia interrumpido por aquella voz de tiple que me decia: *marcha, marcha*, creyendo, tal es la infalibilidad francesa que tra-

ducia correctamente el *marche* de su idioma.»

«Los ingleses, añadió, son mas corteses, porque, cuando hallan una cosa bien, dicen: *very well*; y cuando algo no les guste se callan, sin despreciar nada. Mi pie es firme y la fé me ilumina lo bastante para que jamás me estravie; pero, cuando acompaño á franceses, nadie se cuida de mí, en tanto que los otros viajeros, si son ingleses no dicen nada y me cojen del brazo á cada paso, y si son españoles me avisan lo que ellos creen riesgo y me protejen. Mas, gracias al cielo, no necesito del auxilio de nadie.»

En cuanto concluimos de visitar el monasterio, el Sr. Pardo Pimentel, acompañado del segundo conserje, cuyo nombre siento no saber, nos enseñó, lleno de amabilidad y finura, lo reservado del palacio. Las emociones que hallamos en esta segunda parte de la visita fueron de índole distinta, pero, no inferiores á las que experimentamos recorriendo los inmensos claustros, el panteon lúgubre, que ni siquiera alumbraba el reflejo de una lámpara, y admirando los soberbios frescos del Jordan. Allí vimos las cuatro reducidas salas, cuyo admirable adorno costó veinte y ocho millones de reales y cuarenta y siete años de trabajo. Allí vimos las desnudas habitaciones que fueron del infante D. Carlos, en donde dos cosas llamaron nuestra atencion. Fué la una, el lecho en que pasó el Conde de Montemolin la última noche que en el Escorial estuvo, que conserva aun los mismos colchones, y la otra una cerrada papelera que no pudimos ver sin envanecernos de ser españoles. En efecto, Don Carlos, al retirarse de España, recogió la llave de aquel mueble y la llevó consigo al extranjero. Desde entonces los bienes del príncipe han sido secuestrados, todos los partidos constitucionales han ocupado el poder, y nadie se ha atrevido á mandar abrir la papelera misteriosa de D. Carlos, sin que, á la hora presente, se sepa lo que contiene; hecho de hidalguía que prueba elocuentemente que todavía no han podido las desgracias, los disturbios y los enconos estirpar de nuestros corazones los sentimientos de caballerosidad.

El segundo conserje que nos iba haciendo esplicaciones, todas oportunas y llenas de originalidad, es un contemporáneo de Cornelio, no menos notable que éste en su género. De los admirables tapices que cubren las paredes de aquellos salones, como trabajados en Francia, solo admira los dibujos que son obra de españoles y representan escenas nacionales; de la riqueza de adornos que, por todas partes, se vé, solo indica aquella parte que simboliza la pericia de nuestros artistas, y, en suma, como los mas de los hombres de su especie, cuyo corazon suele ser tan puro, pero cuya razon no ha volado, comprimida en estrecho círculo, no admira, ni ve, ni comprende, mas que aquello que halaga su vanidad de español. Al llevarnos al reducido cuarto, contiguo á la iglesia en que Felipe II murió, despues de haber pasado allí los tres horribles años de su horrenda vida, nos indicó con un orgullo sublime la modesta silla en que se sen-

taba el rey Felipe y otra de forma estraña, manchada con unguentos en que apoyaba su pierna enferma, y compuesta con un metal tosco.

Como estos objetos escitasen naturalmente la atencion de nuestro compañero de viaje, el baron de Uchtritz, á fin de darle una prueba de estremada galantería, el honrado anciano conserje lo obligó á sentarse en aquella histórica silla, y, al verlo allí, le dijo: «podrá V. decir en su patria que ha ocupado por un momento el asiento del gran rey Felipe II.»

Aquella misma tarde, acompañados de Cornelio, fuimos á visitar las dos deliciosas casas de campo, llamadas de *abajo* y de *arriba*, á causa de la situacion. Aquella sobre todo es un modelo de buen gusto en que compite la riqueza con la elegancia. Tambien el conserje de tan rico palacio es un tipo especial que deseáramos pintar con detenimiento, como hiciéramos, si nos lo permitiera el espacio. Treinta años lleva de criado en la real casa, y el conocimiento exacto que tiene de las personas reales es tal que, con una pincelada, pinta á cada cual de sus augustos amos.

Omitiré lo bueno y malo que dijo de pasados príncipes, pues nada de los de ahora habló; pero, entre lo notable de su conversacion, fué singular la emocion con que se espresó al pronunciar el nombre de la reina Amalia. Las lágrimas se le asomaron á los ojos al saber que nuestro compañero de viaje era gentilhombre del rey de Sajonia, hermano de su princesa venerada; «¡oh! entonces, le dijo con entusiasmo, no lo tome V. á lisonja, es imposible que sea V. malo, porque no hay malos en aquella tierra, ni menos en aquella casa.» Le enseñó con ternura un taburete bordado por la reina, y nos contó tantas anécdotas, que, aun descartando la exageracion del amor, dan una idea de las singulares virtudes que adornaban á tan llorada princesa. Su dolor fué igual al referirnos los planes que su señora habia formado para embellecer aquel palacio, planes que, á su muerte, perecieron con ella.

En general, debe decirse, que todos los servidores de la real casa que en el Escorial vimos son atentos, y lo que es mas interesantes; son una curiosidad mas entre las muchas de que están cercados. Además, no se nota en ellos el mas mínimo amor al lucro, sin que nos haya sido posible obtener que infringieran la órden que les prohíbe recibir recompensa ninguna, órden que obedecen sin señales de disgusto. El pobre Cornelio no es tan desprendido, y aun nos parece que escucha con demasiada fruicion el sonido de las monedas que en sus manos caen. Este único defecto que en él notamos nos hizo sospechar que la falta de generosidad de los franceses para con él, tuviese alguna, aunque ligera parte en el encarnizamiento con que cita á nuestros vecinos. Al hablar, empero, de pasados tiempos, se desprende su espíritu de afecciones mundanales, porque no puede menos de ser sincero el sentimiento con que habla de su juventud.

«¡Oh! nos dijo una noche, lleno de entusiasmo, yo cegué en 1807, esto es, la vispera del dia en

que todos los españoles se alzaron para rechazar al frances ¡Triste de mí! nada pude hacer contra nuestros enemigos; pero, miento, que les hice mal, y mucho.»

Escitó esto nuestra curiosidad y le preguntamos qué mal podía haber hecho, siendo ciego. Lleno de ardor entonces y poniéndose en pie respondió:

«¿Qué mal?»

«Yo fui, añadió, después de una breve pausa, *espiá*; (y á esta palabra dió una inflexion particular, como si con la intencion quisiera borrar la fealdad del hecho). Cuando nuestros leales soldados no tenían cartuchos, yo los *robaba* para ellos á los franceses. No me remuerde de nada la conciencia, hice *todo*, *todo* lo que pude. Que no me agradezcan los enemigos lo que contra ellos no hice.»

Para descansar de la agitacion que nos causaba este patriotismo salvaje, íbamos todas las mañanas á la alborada y todas las tardes á la hora del crepúsculo, á pasearnos por los soberbios y bien cuidados jardines de las posesiones reales. Gustábanos mucho el del palacio de arriba, punto de vista el mas lindo que por allí se encuentra, y, cuando la luna esparcía sus fulgores suaves, el aroma de las rosas que tapizan las paredes del monasterio-palacio nos llenaba de embeleso. Pero, una tarde, al gozar de tan encantadora frescura, nos llevó la curiosidad á una reja, á que nos asomamos. ¡Oh! espectáculo inolvidable y lleno de enseñanza! Sobre la humilde y húmeda losa vimos un ataud, vestiduras descompuestas que, sin decencia siquiera, cubrian el cadáver de la infanta Doña Maria Luisa, madre del rey consorte. Retrocedimos asustados de vergüenza y, al lamentarnos de este abandono, se nos hizo una fiel pintura del estado horrendo en que se halla el panteon llamado de infantes y el pudridero. Se nos aseguró que con menos decoro que el cadáver de la madre del rey está el del padre de la reina.

¡Quisiera el cielo que, llevados del amor filial, hiciesen ambos esposos una peregrinacion á tan magestuosos lugares, mansion de olvido y tabernáculo digno de la magestad! (1).

Jacinto de Salas y Quiroga.

REPUBLICA DE ARTES Y LETRAS.

El jueves se cantó en el teatro de la Cruz, por última vez en la presente temporada, la *Leonora* de Mercadante. Esta ópera es una de las que mas han gustado hace tiempo en Madrid, y se puede bien presagiar que en el invierno proximo proporcionará muy buenas entradas á la empresa. El público se despidió del sargento Strelitz echándole coronas y aplaudiéndole con furor.

El teatro del Circo nos promete poner en escena los *Horacios*, de Mercadante tambien; y que segun las buenas noticias que corren, supera á la *Leonora*.

(1) Dejamos para otro número el hablar del porvenir del monasterio del Escorial.

El norte de Europa, rivalizando con la Italia, disputa á ésta el dominio esclusivo en los teatros y salas de conciertos. La Rusia, cuenta con un compositor muy distinguido, Glinka, y ha producido ademas un buen tenor, Ivanoff, tan aplaudido en París, Londres, Viena y en Italia misma. El célebre violinista Ole Bull nos vino de Noruega, y Dinamarca acaba de lanzar en el mundo á Wilmers, pianista de nuevo cuño, rival de Listz. Oriunda de Suecia, la Lucia Grahn ha disputado á la misma Taglioni los aplausos de las primeras capitales de Europa, y en el teatro italiano de París hemos visto á la jóven sueca Nissen compartir con la Grisi las ovaciones dispensadas por el público. En fin, la Jenny Lerid, nacida tambien en Stockolm: despues de haber recorrido triunfante los primeros teatros de Alemania, hace oscurecer actualmente en Londres el astro de la *diva* Julia Grisi.

Al conducir á su última morada en París, los restos mortales del mariscal Grouchy, se ha hecho un ensayo del telégrafo musical. Colocados de distancia en distancia cierto número de trompetas de á caballo, trasmitian de un extremo al otro de la comitiva, que ocupaba cerca de media legua, las órdenes oportunas.

Ha llegado á Madrid precedente de Roma, donde ha permanecido durante muchos años, D. Manuel Arbós, *acuarelista* distinguido; entre las obras que ha ejecutado últimamente, una de las que mayores elogios han merecido de las personas inteligentes, y de los periódicos artísticos que se publican en aquella capital, es la de el célebre cuadro de la deposicion de Ntro. Señor, pintado por Rafael, que existe en la galeria del principe Borghese. Tanto esta exactísima copia, como otras tres, sacadas tambien de cuadros clásicos, deben estar ya en poder de S. M. la reina Doña Isabel II, por cuyo encargo fueron ejecutadas. Esperamos que el Señor Arbós se detendrá algun tiempo en Madrid; nos alegráramos que tuviese ocasion de hacer alguna *acuarela* en el Real Museo, donde no faltan por cierto cuadros de primer orden que copiar.

En los exámenes públicos que acaban de verificarse en el colegio del Sr. D. Vicente de Masarnau, hemos tenido la satisfaccion de presenciar repetidos ensayos de un género de canto nuevo entre nosotros, pero destinado en nuestra opinion á producir con el tiempo una reforma completa en el gusto musical. Mas de treinta voces, de niños y adultos, sin el menor acompañamiento instrumental, y sostenidas en su respectiva cuerda por efecto de un sistema admirablemente combinado, entonaban sin la menor discordancia varios preciosos himnos alemanes, llenos de profunda armonia, desconocidos en España, hasta que nuestro ilustrado colaborador el Sr. D. Santiago de Masarnau los introdujo en la escuela especial de música que fundó hace dos años en el mencionado colegio. Entre los referidos cánticos ó coros religiosos no podemos menos de recordar el *canto de la mañana* por su sencillez y la pasion creyente y tranquila de sus frases, el *saerificio* por la noble resignacion que respiran sus concetos patéticos, pero no melancólicos, y el himno á *Jesus amante de los niños* por la inefable ternura que inspiran al entonarlas aquellas treinta voces siguiendo y armonizando una melodia digna de resonar entre los coros inmortales.

El dia 30 de mayo último se abrió por primera vez en Barcelona la esposicion de la asociacion de *Amigos de las Bellas Artes*, en la que hubo un número crecidísimo de cuadros, y llamaban particularmente la atencion los de los Sres. Lorenzale, Arrau, Rigalt, Batlle y Ferrant.

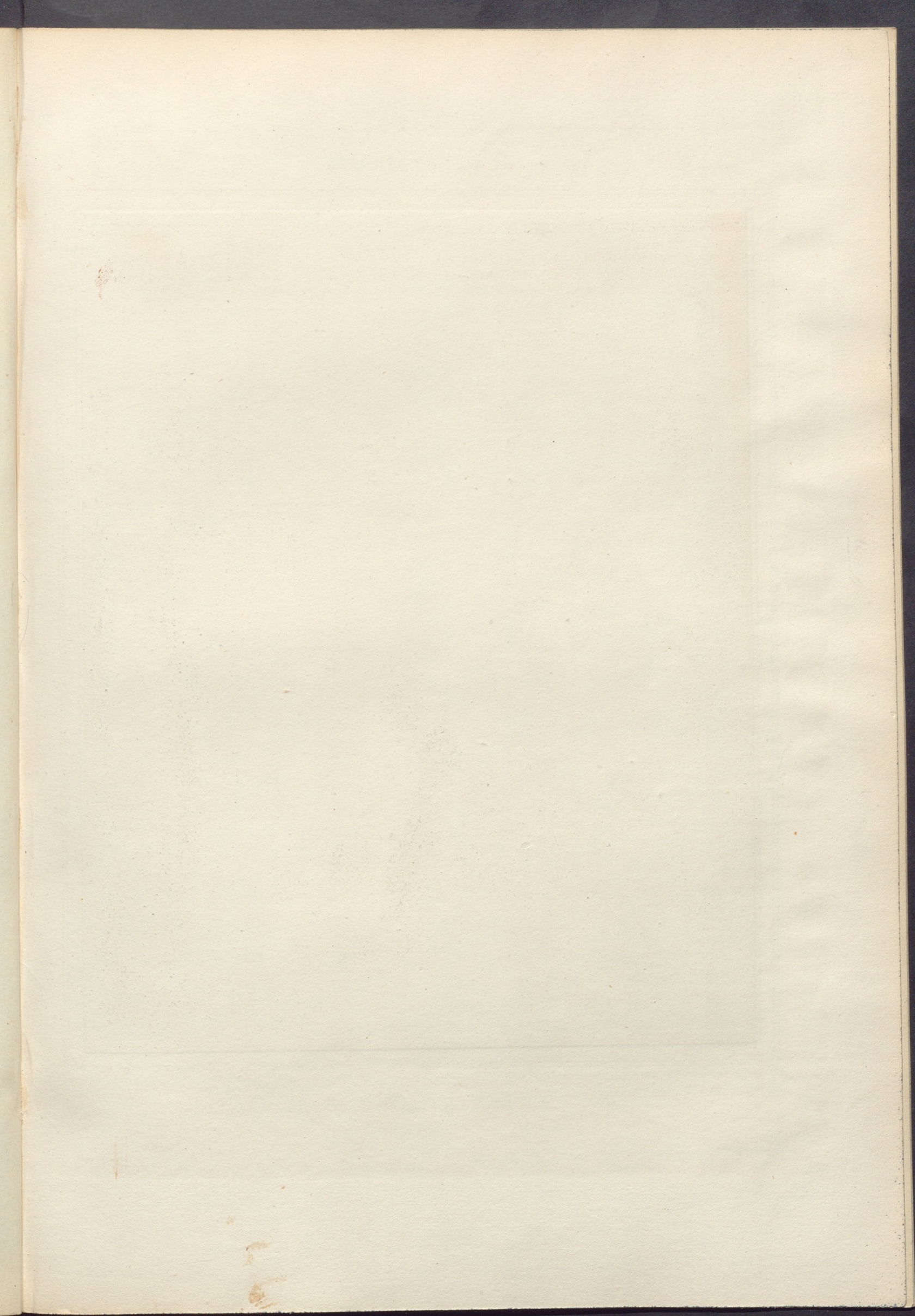
El Sr. Lorenzale, de quien tuvimos el gusto de ver un precioso dibujo en la esposicion del Liceo, espuso el retrato de la Pepita Palma, las cuatro estaciones, y un San Antonio, todos muy correctos de dibujo y de buen estilo, pero se nota en ellos alguna falta de claro-oscuro. Del Sr. Arrau su retrato, el del escultor D. Damian Campeyn y dos estudios ejecutados en Roma; dichas obras han agradado mucho, y mas particularmente su retrato, notable por el buen efecto, y unos cuadritos que representan bajo relieves que causan bastante ilusion.—La *Francesca de Rimini* del Sr. Batlle fué digna tambien de los mayores elogios.—Los del Sr. Rigalt estan desempeñados con gran facilidad, y los del Sr. Ferrant revelan grande ejecucion y talento, pero mal dirigido; el colorido es muy convencional y el dibujo bastante descuidado, en uno de nuestros proximos números hablaremos de esta asociacion de *Amigos de las Bellas Artes* que tantos beneficios promete á estas.

ESTAMPA DE ESTE NÚMERO.

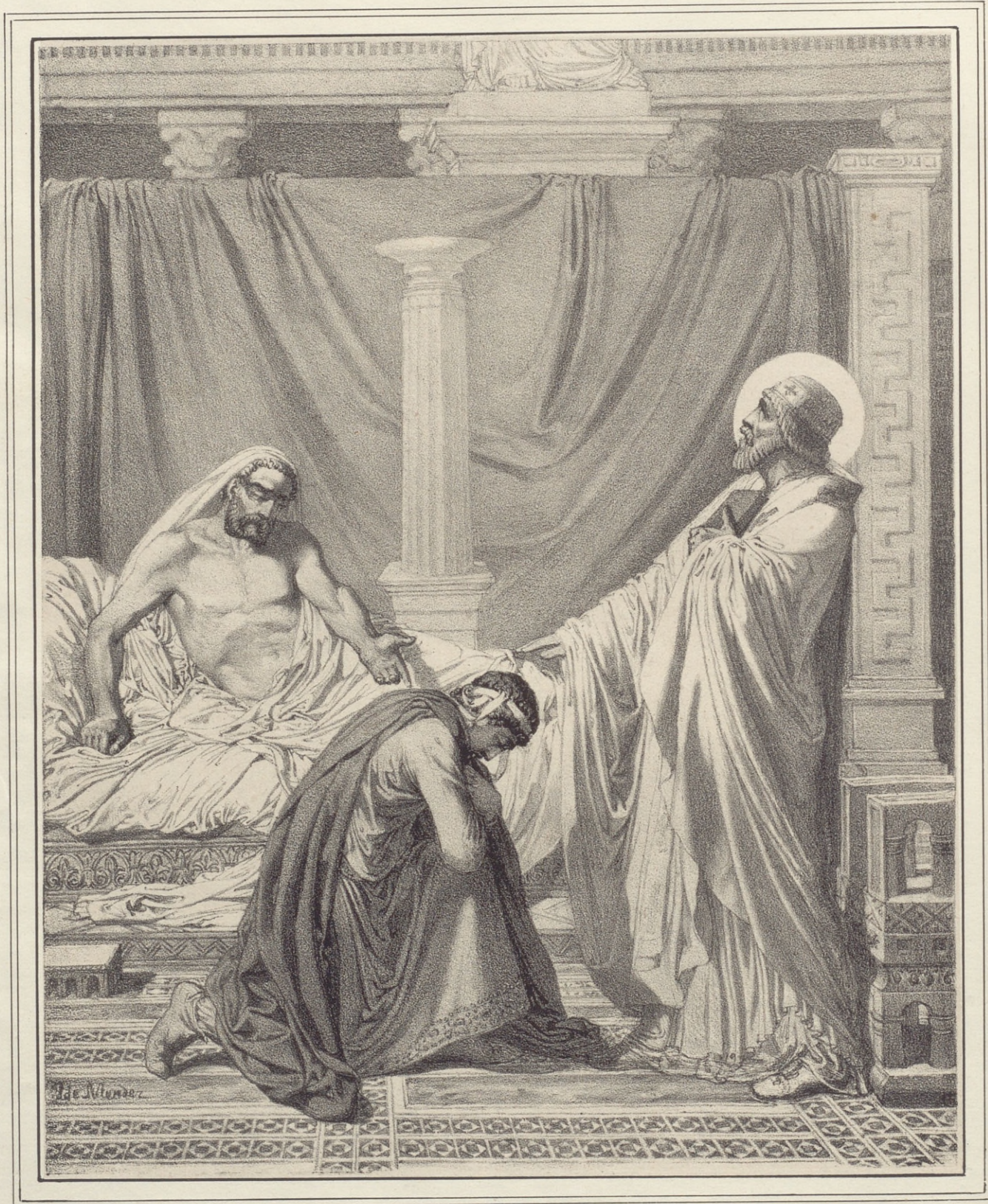
Francisco Zurbarán.

Dib. por D. F. DE MADRAZO y grab. por D. C. ORTEGA.

Imp. de Alhambra y Comp., calle del Burro, núm. 4.



EL RENACIMIENTO.



J. de Mendez inventó y lit.^o

Litog.^a Artist.^a de F. Perez y J. Dunon.

PRINCIPIO DEL CATOLICISMO EN LOS REYES GODOS
(586.)